

Si no alcanzais la ventaja de pasar por semejante novi-ciado; si inmediatamente despues de haber obtenido el título se os confiere la direccion de una escuela, ya interina-mente, ya en propiedad, velad cuidadosamente sobre vos mismo; no os olvidéis de que, si bien teneis el título de maestro, no sois en realidad sino un estudiante. Es muy fácil tropezar al principio de la carrera, y un solo paso en falso puede bastar para perderos.

¿Cómo os conduciréis, tan jóven todavía, en un pueblo donde habeis de responder de la escuela y de vos mismo? Si este pueblo, por una excepcion bastante rara, es el mismo en que habeis nacido, os encontraréis con relaciones de la infancia y con costumbres de familiaridad que os embarazarán más de una vez. Si, como acontece casi siempre, se os coloca bastante léjos de vuestro lugar natal, os encontraréis rodeado de extraños, y no conoceréis el país, ni á los habitantes, ni el espíritu que domina en ellos. Entónces, os hallareis expuesto á chocar en mil escollos que apenas me es posible indicaros aquí, escollos que ofrecen tanto mayor peligro quanto que ni siquiera os será dado sospechar su existencia.

De todos estos peligros, Anatolio, sólo podreis libraros, teniendo una prudente desconfianza de vuestras fuerzas y abandonándoos á una sabia direccion.

Consultad con vuestro párroco, quien, por la naturaleza de sus funciones, debe tener por vos sentimientos paternales.

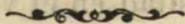
Escribid á vuestro antiguo director, é id á visitarle tan frecuentemente como la distancia os lo permita. Elegid en las inmediaciones de vuestra residencia algun maestro ya experimentado, y depositad en él vuestra confianza. Respetad su experiencia, y recurrid á ella cuantas veces sea necesario. No porque su memoria haya dejado de retener alguna parte de los conocimientos que la vuestra conserve todavía, os creais mas instruido que él. La verdadera ciencia, así para él como para vos, ha de ser la de la enseñan-

za. El la posee, y conoce por medio de una larga práctica los niños, los padres, el espíritu de pueblo,

Y no ha de ser solamente para el ejercicio de vuestras funciones de maestro para lo que debéis pedir que os aconseje, sino tambien sobre vuestra conducta privada.

Sujeto hasta entónces por los lazos de una severa disciplina, habéis sido puesto de repente en posicion de gozar una independendencia peligrosa. Acaso no os encontréis en los primeros momentos sino con disposiciones para abusar de ella. Como viviréis solo, las necesidades de una familia no os obligarán á ser económico. Creeréis poder gastar sin escrúpulo todo cuanto recibais por vuestro sueldo, y contraeréis hábitos de disipacion. Jóven, seréis buscado por otros jóvenes; olvidaréis que los placeres propios de la edad aun siendo lícitos, os están casi prohibidos. El público quiere, y tiene razon, que envuelva tanta madurez la cabeza del maestro bajo cabellos negros como bajo cabellos grises. No conociendo aún las familias, es fácil que os engañéis al elegir vuestras relaciones, y que cedais á propuestas que hubierais rehusado si comprendiérais su fin.

Evitaréis todos estos escollos concediendo vuestra confianza á los hombres experimentados de que os he hablado ya. No les pidais elogios, sino advertencias, y si á ello hubiera lugar, reprensiones. La alabanza es dulce para el oido, mas produce, para el alma frutos de corrupcion: la censura, por el contrario, es amarga, pero sus frutos dulces.



CAPÍTULO VI.

ELECCION DE UNA ESCUELA. — ESTABILIDAD.

Hecho el aprendizaje de vuestra profesion en cualidad de ayudante bajo la direccion de un buen maestro, ó habiendo ensayado vuestras fuerzas en una modesta escuela, para así pasar vuestro noviciado; os hallais en el caso de ocuparos seriamente en elegir ó aceptar una plaza, en que el cumplimiento de vuestros deberes pueda conciliarse con el legitimo deseo de un bienestar proporcionado á vuestra condicion.

De alta importancia es para vos este negocio: reflexionadle maduramente; y ántes de fijar vuestra determinacion, ya de estableceros en escuela privada, ya de dirigir la correspondiente solicitud á la autoridad, si tratais de dedicaros á la enseñanza pública, evitad una preocupacion que seduce á gran número de maestros: se figuran que su importancia se halla en proporcion con la de la escuela que dirigen, y sobre todo con la del pueblo en que esté la escuela situada. Semejante creencia es un grande error.

Todas las localidades tienen sus inconvenientes y tambien sus ventajas. En las ciudades, no disfruta el maestro tanta quietud, y se le oponen más resistencias: en las aldeas, se halla frecuentemente obligado á acumular varios destinos. En las ciudades, es su dotacion más elevada, al paso que sus gastos en las aldeas son mucho ménos considerables; existiendo de este modo, bajo el concepto pecuniario, una especie de igualdad.

Convengo, sin embargo, en que, relativamente á las ventajas materiales, hay mucha diferencia entre las escuelas, y que esta diferencia se gradúa generalmente por la im-

portancia de las poblaciones ; mas no de esto ha de deducirse que la importancia del maestro aumente ó disminuya en la misma proporción.

El aprecio concedido á los maestros tiene su medida en la manera con que cumplen sus deberes, y no en consideraciones ajenas á su persona y á la enseñanza. Si hay dos maestros ejerciendo en dos pueblos distintos, de los cuales tenga uno, por ejemplo, una poblacion de dos mil almas, y el otro solamente de cuatrocientas ó quinientas ; ¿ se hará más aprecio del primero que del segundo , sólo por la diferencia de estas cifras?... Quién se puede imaginar semejante absurdo ?

Bien al contrario : sucede por regla general que en un pueblo pequeño goza el maestro de mayor consideracion, porque es comunmente el solo hombre que hay allí algo instruido y puede ser de grande utilidad así al ayuntamiento como á las familias. Pero en una ciudad, ó en un pueblo de alguna consideracion , hay siempre muchas personas que, bajo el punto de vista de los conocimientos, se hallan sobre él.

En una poblacion pequeña, se juzga á un buen maestro como una especie de tesoro ; hay temor de perderle , porque se sabe muy bien que ha de ser difícil remplazarle, y se considera su presencia en el país como un verdadero beneficio del cielo. Pero en un pueblo importante ó en una ciudad, se fija mucho ménos la atencion en él ; se sabe que no han de faltar pretendientes si la escuela queda vacante ; y, por muy hábil que sea, se tiene la esperanza de que podrá fácilmente ser remplazado , y tal vez con ventaja.

No seria gran desgracia que un pueblo no encontrase maestro por la única razón de que es pequeño y pobre ? Es indispensable que en España todos los niños , sean de una ó de otra localidad, reciban cuidados inteligentes.

Los niños de la aldea más insignificante son tan preciosos para el Estado como los que habitan en las más popu-

losas ciudades. Entre los maestros que los instruyan, no debe haber otra diferencia que la de su mérito personal.

No desprecieis, pues, Anatolio, una oscura escuela de aldea: acaso allí sea donde encontréis los corazones más agradecidos, los espíritus más dóciles; allí Dios bendecirá vuestros trabajos, humildes sin duda alguna á los ojos de los hombres, poco importantes y grandes á los suyos.

Debo añadir ahora un consejo.

Cualquiera que sea la escuela que os hayais determinado á elegir, partiendo de detenidas reflexiones, amadla, y en cuanto posible os sea, no la dejéis por otra.

No quiero decir con esto que la primera escuela en que os hayais colocado sea tambien la última que debais regir. No: tal vez no hayais podido conseguir al principio lo que razonablemente teneis derecho á desear, y aspireis á un cambio de posicion que sea muy justo concederos.

No vitupero, ni mucho ménos, el deseo razonable de mejorar vuestra suerte. Este deseo es legítimo cuando no degenera en manía, como sucede á algunos maestros jóvenes que, por un corto aumento de dotacion, cambian continuamente de residencia, y que se afanan sólo en ir pujando sueldo.

Hay circunstancias en que el censor mas rígido no puede desaprobado este deseo; pues el interés de vuestra familia ó el vuestro propio, es posible que os lo prescriban; pero estos casos son rarísimos, y así para la escuela como para el maestro, por regla general, la estabilidad es uno de los mayores bienes. Luego que hayais conseguido una plaza que satisfaga vuestros deseos, decíos á vos mismo: « Hé aquí mi patria; aquí quiero vivir y morir; aquí quiero merecer el respeto de los niños, la amistad de los padres de familia, la estimacion de todos. Quiero unirme á mi escuela por un lazo sagrado, que durará cuanto mis fuerzas duren, cuanto dure mi vida. »

Séame permitido trasladar aquí un párrafo extractado de una obra sobre las Escuelas normales:

« Cuánto más se aficione un maestro á su escuela, tanto más será útil su ministerio. Se crearán mil relaciones simpáticas entre el pueblo y él, y no sólo amará la escuela que dirige, sino la casa que habita, los corazones que ha formado, el jardín que ha embellecido, los árboles y las flores que él solo ha cultivado, el pueblo entero en fin. Blanquearán sus cabellos entre las generaciones que le deben el beneficio de una educación moral. Instruirá á los hijos de sus discípulos, y siendo objeto de la veneración de los padres, será como un oráculo para los hijos. Su existencia tendrá algo de patriarcal que realzará su profesión, imprimiéndole una especie de santidad. »

CAPÍTULO VII.

AMOR Á SU PROFESION, PRIMERA CUALIDAD DEL MAESTRO.

Para que tomeis afición á vuestra escuela es indispensable que ameis vuestra profesion. Si es digno de lástima todo hombre que no ame el estado que tiene, lo es el maestro mucho más.

Abrigad, Anatolio, esta noble pasión. Cualesquiera que puedan ser los conocimientos que poseáis, guardaos de imitar á esos maestros que se creen muy por cima de sus humildes deberes, mostrándose en virtud de estas mismas pretensiones indignos de su cargo. Guardaos sobre todo de imitar á los que declaman continuamente contra el ministerio que ejercen; que le soportan con la misma impaciencia que si fuese una cadena á la cual están atados; que exageran sin cesar sus inconvenientes y las desazones que origina, y que exhalan en todo instante amargas quejas sobre su suerte.

Semejantes hombres creen por este medio aumentar su importancia á los ojos de los otros. ¡ Miserable error ! Sus insensatas quejas no producen más resultado que ponerlos en ridículo.

En efecto : ¿ puede oírseles , sin una indignacion mezclada de desprecio , quejarse de una profesion que son muy dichosos de ejercer ? Digámosles muy alto lo que cada uno de aquellos que los escuchan dice para sí. Casi todos estos maestros (y no lo digo por rebajarlos) han encontrado en el ejercicio del Magisterio recursos sin los cuales tendrian necesidad de quejarse mucho más amargamente todavía. Sabido es que, por regla general, los padres que cuentan con bienes de fortuna tratan de proporcionar á sus hijos una carrera que no exija género de vida tan austera como la de maestro de primera enseñanza. ¿ Cuánto no envidia el pobre jornalero, nacido en las mismas condiciones de fortuna que los que así se quejan, una suerte y una instruccion que les permitiria estar al abrigo de las injurias de las estaciones, sin otra fatiga que la de transmitir á los niños algunos conocimientos elementales ?

Por otra parte, quien no ama su profesion la ejerce contra su voluntad, y, por lo tanto, la ejerce mal.

¿ Cómo he de creer yo que amais á vuestros discípulos si os quejais continuamente de estar obligado á instruirlos, si manifestais en vuestras relaciones con ellos, no el afecto de un amigo, sino la resignacion de un esclavo ?

Este ódio á vuestra profesion es verdaderamente absurdo. Reflexionad, y os convenceréis de que seria una desgracia para vos abrazar otra. Las posiciones que, en general, podriais sustituir á la vuestra, son mucho más penosas, mucho ménos lucrativas y ninguna tan honorífica.

Pero si semejantes consideraciones no ejercen influencia sobre vuestro ánimo, si realmente os desagrada vuestra profesion, dejadla. Un buen jornalero satisfecho de su oficio vale mucho más que un maestro descontento de su facultad.

No es posible haya hombre más desgraciado que el maestro á quien fatiga y enoja la enseñanza. De poco sirve que concurra á su clase y permanezca en ella, cuando su pensamiento y su deseo no están allí. Suspira por el instante en que dé fin á sus lecciones; es decir, á su suplicio. Cada uno de los minutos que pasan son un siglo para él. Acusa incesantemente la lentitud de las horas; pero cuanto más desea acelerar su marcha, con más lentitud parece que se van arrastrando.

Si este mal maestro consigue hacer sobre sí mismo un generoso esfuerzo, la atención que preste á su clase será ménos penosa para él que el suplicio que sufre de otro modo. Aquellas horas que tan lentas le parecian pasarán con rapidez. Así, aun cuando no sea por un motivo de conciencia, sino solamente por librarse del fastidio que le mata, debe hacer esfuerzos por amar los deberes á cuyo cumplimiento le obliga su profesion.

Algunas veces, ¡cosa increíble! no los aborrece, sino que afecta despreciarlos. ¡Qué lastimosa debilidad! Si aparentais desden por vuestro ministerio, vuestro ministerio no os honrará. Se encontrarán los niños tan poco satisfechos de teneros por su maestro, como vos de considerarlos vuestros discípulos. Cuanto más disgustado parecais de vuestra condicion, tanto más se aburrirán ellos de la suya: porque ¿cómo es posible que reciban con placer las lecciones que les suministráis con repugnancia? Cuando os oigan decir de vuestras funciones *¡qué maldito oficio!* ¿no es natural que digan ellos de su clase *¡qué infierno!*

Preservaos, Anatalio, de estos odiosos caprichos. Amad una profesion que os honra y que os suministra medios de subsistencia. Amad tambien á la infancia; no dejándoos desanimar ni aun por su misma ingratitud que hará más relevante todavía vuestro mérito. Amad á esos jóvenes discípulos, que se os confian por vuestra patria, y pensad en que si ellos no son capaces de comprender ni de apreciar lo que haceis en su obsequio, lo ve quien ha criado sus almas inmortales y no lo olvidará jamás.